

CAPITULO VIII.

Tenemos que retroceder con nuestra historia á varios sucesos, poco anteriores á los últimos que hemos referido; á saber, á la época en que, como debe tenerlo presente el lector, sir Kenneth del Leopardo, entregado por orden de Ricardo al médico árabe,

mas bien como esclavo que de otro modo, fué desterrado del campamento del ejército de la cruz, en cuyas filas se habia distinguido tantas veces, por su intrepidez, valor y destreza. El Escoces siguió á su señor, porque lo era en realidad, á las tiendas moriscas en que estaban su acompañamiento y su equipage, como un hombre que cae de la cima de un precipicio y escapa milagrosamente con vida, conservando tan solo fuerzas bastantes para salir de la hondonada, incierto todavía del daño que ha recibido. Cuando llegó á la tienda se arrojó sin desplegar los labios sobre una piel de búfalo que su conductor le indicó, como el asiento que le estaba destinado, y cubriéndose el rostro con las manos, se puso á sollozar amargamente, como si el corazón se le quisiese salir del pecho. El físico le oyó mientras hablaba á la turba de esclavos que le servia, para darles la orden de preparar su salida, que debia verificarse en la mañana siguiente antes de romper el dia, y movido á compasion, se aproximó á él, se sentó á su lado, cruzadas

las piernas, y empezó á administrarle los consuelos que su posicion exigia.

— Amigo; le dijo, ten buen ánimo; y no desmayes ni caigas en abatimiento, porque, come dice el poeta: mas vale ser esclavo de un buen señor, que de pasiones violentas. Ruegote encarecidamente que cobres valor y confianza. Escrito está que Isouf Ben Yagoube fué vendido al rey por sus hermanos, el cual rey lo era de Egipto, y se llamaba Faraon; y tu rey te ha dado á un dueño que te tratará no como siervo, sino como hermano.

Sir Kenneth hizo un esfuerzo para dar gracias á El Hakim, pero su corazón estaba demasiado oprimido y en gran manera turbadas todas sus facultades, asi que solo prorumpió en sonidos confusos, é interrumpidos por sus sollozos y suspiros, y el médico desistió del empeño de consolarle, pareciéndole que aun no estaba dispuesto á escuchar la voz de la amistad. Dejóle pues tranquilo para que se abandonase sin empacho á su dolor, y habiendo tomado todas las medidas necesarias para su viaje, tomó asiento

sobre una alfombra á la puerta de la tienda, donde sus esclavos le sirvieron algunas sencillas viandas. Despues de haber concluido su merienda mandó que llevasen los mismos manjares á sir Kinneth: mas aunque se le dió á entender que al dia siguiente seria muy tarde cuando se haria el primer alto para tomar algun refresco, no le fué posible vencer su repugnancia, y solo se consiguió de él que bebiese un jarro de agua fria.

Despertáronle, aunque ciertamente no lo necesitaba, porque no habia gozado de un momento de sueño, mucho tiempo despues que los Arabes habian hecho sus acostumbradas oraciones, y en seguida se notó el movimiento de los esclavos, que, sin hablar palabra y haciendo poquísimo ruido, empezaron á cargar los camellos y á disponerse para la marcha. Todos estaban ya en pie menos el médico y sir Kenneth, al cual se acercó el mayordomo de la comitiva para anunciarle que era hora de ponerse en camino. Levantóse sin responder, y siguió al mayordomo, á la luz de la luna, hasta el sitio

en que se hallaban los camellos, todos cargados ya y apercebidos, excepto uno solo que se mantenía arrodillado, aguardando los fardos que debian completar su carga.

A cierta distancia de los camellos se veian algunos caballos embridados y ensillados, en uno de los cuales montó El Hakim con toda la ligereza que la gravedad de su carácter le permitia, dando órden á los esclavos para que presentasen otro que señaló, á sir Kenneth. Un oficial de los tercios ingleses aguardaba á la comitiva para escoltarla por el campamento; y evitar que fuese molestada é insultada. Al mismo tiempo los sirvientes desarmaron el pabellon con singular ligereza, y las estacas y cubiertas de que se componia formaron la carga del último camello. Todo estaba ya en órden, y dispuesto para romper la marcha. Entonces el médico pronunció con voz grave y sonora este verso del Koran: «Dios sea nuestro guia, y Mahoma nuestro protector en el desierto y en el campo regado,» con lo que toda la cabalgada se puso en movimiento.

Al atravesar el campo del ejército cristiano, las centinelas les dieron el quienvive, dejándolos pasar cuando recibían la respuesta del oficial inglés que los escoltaba. De cuando en cuando se oía tal cual maldición contra Mahoma, proferida por alguna centinela devota. Al fin, se abrieron las últimas barreras, y la cómitiva se formó en orden militar para emprender la marcha. Dos ó tres ginetes se adelantaron para descubrir el camino, á guisa de vanguardia: uno ó dos quedaron detras, á tiro de flecha de los viajeros, y cuando el terreno lo permitía, se destacaban otros para guardar los costados. De este modo procedían tranquilamente, mientras sir Kenneth volviendo la vista á las tiendas de los cristianos, iluminadas de lleno por la luz suave de la luna, solo pensaba en la suerte injusta y funesta que le había privado de su honor, y de las esperanzas de gloria y de engrandecimiento, arrancándole á las banderas bajo las cuales había combatido, y alejándole para siempre

de la cristiandad, de la caballería y de Edit de Plantagenet.

El Hakim, que caminaba á su lado, le dijo en su acostumbrado tono de amistad y de consuelo: De nada sirve mirar hácia atras, cuando el camino está delante, y al decir esto el caballo de sir Kenneth dió un tropiezo, que podia muy bien servir de comentario al documento moral del sabio.

El caballero conoció entonces que debía estar algo mas atento al manejo de la bestia que le habia tocado en suerte, la cual era una yegua, de paso comodísimo, ligero é igual, pero que de cuando en cuando necesitaba de la ayuda del freno.

—La condicion de ese animal, dijo el sabio, es como la de la fortuna del hombre, pues cuando mas ligero anda, mas cauto debe ser el ginete, y con mas esmero debe evitar la caída, y del mismo modo, cuando mas nos favorece la prosperidad, mas despiertos y advertidos debemos estar, afin de que no nos coja desprevenido el infortunio.

El apetito satisfecho no recibe sin repug-

nansia los mas exquisitos manjares, y no es extraño que el caballero escoces, aburrido y despechado, y harto de desventuras, recibiese con impaciencia aquellas continuas aplicaciones de símiles y alegorías á los últimos lances de su vida; documentos que, aunque discretos é ingeniosos, le parecian cansados é importunos en aquella ocasion.

— Paréceme, dijo con algun enfado, que no necesito yo por ahora nuevos comentarios sobre la inestabilidad he las cosas humanas. Por lo que hace al caballo, te doy gracias, señor Hakim, por tu bondad, aunque mayores las merecias si me hubieras escogido otro que tropezara menos.

— Hermano, respondió el sabio árabe, con imperturbable gravedad, hablas como uno que está privado del uso de la razon. Dices en tu corazon que el sabio hubiera debido destinar á su huésped, el mejor y mas jóven de todos los caballos, reservando el mas viejo para su uso. Sabe que los defectos del caballo viejo se corrigen con la energía del ginete jóven, en tanto que la

violencia y fogosidad del potro, requieren la prudencia y la índole fria y reflexiva del anciano.

Asi habló el sabio, mas á esta observacion, no dió sir Kenneth respuesta alguna que pudiese servir de pie á la conversacion, con lo que el físico, cansado de administrar consuelos á quien no los queria admitir, hizo seña á uno de los Turcos de la comitiva.

— Hassam, dijo, ¿ no tienes nada con que distraer el fastidio del viaje ?

Hassam, historiador y poeta de profesion, apretó espuelas al caballo, y se acercó á El Hakim, para ejercer su ministerio. Señor del palacio de la vida, dijo, dirigiendo la palabra al físico, tú, ante quien el ángel Azrael esparce sus alas al viento, y huye de la habitacion del que padece; tú mas sabio que Solimaun Ben Davud, en cuyo sello está grabado el nombre verdadero del que domina los espíritus de los elementos, no permita Alá que mientras viajas por el camino de la benevolencia, dando salud y

esperanza donde quiera que llegas, te falten historias y cantos que distraigan tu mente, y alivien tu imaginacion. He aquí á tu lado á tu humilde siervo, dispuesto á abrirte los tesoros de su memoria, como la fuente envia sus cristales al sendero, para refrescar los pasos del que viaja.

Después de este exordio, Hassam alsó la voz, y empezó á referir un cuento de hechizos y de amores, con intermedios de hazañas heróicas, y abundantes citas de los poetas persas, en cuyas composiciones parecia muy versado. La comitiva del físico, exceptos los hombres que guiaban á los camellos, se acercó al historiador, guardando sin embargo la distancia que los respetos del amo requerian, para gozar del inefable placer con que los orientales oyen siempre las ficciones poéticas.

Si sir Kenneth se hubiese hallado en otras circunstancias, á pesar de su imperfecto conocimiento de la lengua árabe, hubiera podido oír con interes una relacion, que aunque dictada por la imaginacion mas extra-

vagante, y expresada en lenguaje hinchado y metafórico, tenia mucha semejanza con los remances de caballería, entonces tan á la moda en Europa. Pero en medio de los males que le oprimian, apenas sabia lo que pasaba en torno de sí, á pesar de que el orador, ó poeta, ó historiador, que de todo tenia, estuvo por el espacio de dos horas modulando su voz en los diferentes tonos que su narracion exigia, excitando ora un murmullo de aplauso, ora exclamaciones de espanto ó de admiracion, ora lágrimas y suspiros, y, lo que todavía es mas difícil, un tributo de sonrisas, y aun de carcajadas.

Durante toda esta larga narrativa, lo único que atrajo la atencion del caballero, y le sacó de la profunda distraccion en que iba envuelto, fueron los aullidos de un perro, que iba encerrado en una jaula, sobre uno de los camellos de la comitiva. No tardó en conocer que procedian de su fiel alano, y por el tono plañidero y expresivo de este inteligente animal, se veia que habiendo descubierto á su amo entre los otros viajeros,

imploraba su auxilio, para sacarle de la prision en que se hallaba.

— ¡ Ah, pobre Roswal ! dijo sir Kenneth ; tú pides ayuda y proteccion á quien se vé en mas dura esclavitud que la tuya. ¿ De qué me sirve mirarte ? ¿ De qué me serviría acercarme á tí y recibir tus caricias ? De sentir mas amargamente la separacion que nos amenaza : mas vale que no hagamos caso uno de otro.

Asi pasaron las largas horas de la noche ; y el espacio de incierta y rápida claridad que forma el crepúsculo en aquellos ardientes climas : pero cuando la primera línea del disco del sol empezó á despuntar en la última barrera del horizonte, y cuando sus primeros rayos empezaron á reflejar variados tintes y fugitivos vislumbres en las gotas de rocío que humedecian el desierto, al cual habia llegado ya la comitiva, la voz sonora de El Hakim, imponiendo silencio á la del historiador, anunció á los Arabes que era llegada la hora de la oracion, como lo hacen los muezines desde las torres de las mezquitas.

— A la oracion, decia, á la oracion. Dios es el verdadero Dios. A la oracion, á la oracion. Mahoma es el profeta de Dios. A la oracion, á la oracion. El tiempo huye de nosotros. A la oracion, á la oracion. El juicio se acerca.

De pronto echaron pie á tierra todos los musulmanes, volvieron el rostro á la Meca, y sirviéndose, para las acostumbradas abluciones de arena en lugar de agua, dirigieron fervorosamente sus votos al cielo, implorando la proteccion, y pidiendo el perdon de sus pecados al Dios del profeta, y al profeta de Dios.

Sir Kenneth, estaba acostumbrado á mirar con odio y abominacion las ideas religiosas de los musulmanes, y que ademas, por lo que de ellas sabia, las consideraba como un tejido de absurdos y necedades, no pudo menos de mirar con cierto respeto la sinceridad de su extraviado y fanático celo. Estimulado por su fervor, alzó su corazon al Padre de las luces, y rogó, y oró devotamente, como si quisiera desagra-

viar al Dios de los cristianos, de la idolatra profanacion que de su nombre se hacia, en aquella tierra de milagros, primer oriente del astro que trajo á los hombres la vida y la salvacion.

Este homenaje religioso, que, aunque tributado en circunstancias tan extraordinarias, procedia de los sentimientos sinceros y naturales del Escoces, calmó y suavizó la agitacion que en su alma habian producido tantos y tan repentinos sucesos. La elevacion del alma del cristiano hácia el trono de la Divinidad, le da lecciones de sublime paciencia en sus aficciones y calamidades. El que murmura de sus decretos, el que resiste á su voluntad la insulta cuando la implora. El que expresa en cada una de las palabras que le dirige la mezquindad y pequeñez de las cosas mundanas y terrestres, quiere engañar al que lee en los corazones de los hombres, y mira en el fondo de ellos el imperio que ejercen las pasiones y las pequeñeces humanas. No eran estas las disposiciones en que se hallaba sir Ken-

neth. Despues de haber presentado al criador el humilde sacrificio de su resignacion, despues de haberse puesto enteramente en manos del padre de las misericordias, conocia que le animaba una fuerza irresistible, y se sintió dispuesto á someterse tranquilamente á todas las amarguras y tribulaciones que le tuviese preparadas la Providencia.

Los Arabes, terminadas las ceremonias de la oracion de la mañana, montaron á caballo, y se volvieron á poner en camino, mientras Hassam tomó el hilo de su narracion. Pero sobrevino muy en breve otra interrupcion inesperada. Uno de los ginetes, que iba de descubierta, y que habia llegado á una pequeña altura situada á mano derecha del camino, volvió á rienda suelta hácia El Hakim, y le habló al oido. Inmediatamente se adelantaron otros cuatro ó cinco, y toda la comitiva, que podria constar de veinte ó treinta personas, fijó atentamente los ojos en ellos, como si de sus movimientos dependiese la determinacion que deberian tomar. Hassam, que vió que su auditorio



estaba distraído por cosas de mayor interés, y que pareció también interesado en las resultas de aquel pronto movimiento, puso fin á su declamación, y el silencio profundo que reinaba en todo el acompañamiento, era tan solo interrumpido por tal cual observación que los Arabes se comunicaban unos á otros en voz baja, sobre la ocurrencia que excitaba la curiosidad y la atención de todos.

Esta suspensión continuó hasta haber pasado una línea de montecillos de arena, que ocultaba el objeto, origen de aquella inquietud. Sir Kenneth pudo entonces distinguir, á distancia de milla y media, una línea oscura, que se movía rápidamente en el seno del desierto, y por su conocimiento práctico de los sucesos militares, vió que era un cuerpo de caballería. Eran europeos, como lo denotaban su formación y sus maniobras, y su número parecía superior á la partida de El Hakim.

Las miradas ansiosas que dirigieron entonces á este todos los que le seguían, in-

dicaban que no estaban muy tranquilos, y que aquel descubrimiento les inspiraba graves recelos. Él, con la misma gravedad inturbable, con que había llamado á sus hermanos á la oración, despachó dos hombres bien montados, con orden de acercarse, tanto cuanto la prudencia lo permitiese, á aquellos viajeros del desierto, y observar atentamente su dirección, sus movimientos, y, si posible fuese, sus designios. La proximidad del peligro sirve de estimulante á los ánimos abatidos y apáticos. Sir Kenneth salió de su distracción, y pensó en su situación, y en sí mismo.

— ¿Qué tienes que temer de esos, que según todas las señales, parecen cristianos? preguntó á El Hakim.

— ¡Temer! respondió el Turco con desdenosa sonrisa; el sabio no teme á nadie; sino aguarda que los malos hagan todo lo peor que pueden hacer.

— Son cristianos, continuó el caballero, y estamos en treguas. ¿Qué razón hay para que los molestes?